

Reseña de *La vegetariana*, Han Kang, Random House, 2024

María José Fuenteálamo

Colaboradora en ABC y Castilla-La Mancha Media

<https://dx.doi.org/10.5209/cgen.99619>

Dice de sí misma la escritora surcoreana Han Kang, ganadora del Nobel de Literatura 2024, que en lo que más se afana en su escritura es en hacer preguntas. Para construir ‘*La vegetariana*’ (2007) se lanzó a una: ¿Qué pasaría si una mujer ya no quisiera formar parte de la humanidad? A partir de ahí surge la historia de su, nuestra, protagonista. Una mujer de la que al principio sólo sabemos que lleva cinco años casada. Una mujer que, al inicio del libro toma la decisión de “no dañar a nadie ni a nada” y a la que a la vez “deja de importarle en absoluto vivir o morir”.

“Antes de que mi mujer se hiciera vegetariana, nunca pensé que fuera una persona especial...” Así arranca el libro de Han Kang, de modo que desde la primera frase nos hacemos una idea del tipo de relación en la que está inmersa nuestra protagonista. El ataque de sinceridad de él no mejora con los párrafos. Conforme avanzan estos nos explica que se casó con Yeonghye porque “igual que no tenía ningún atractivo especial, tampoco parecía tener ningún defecto en particular”. Como quien compra una lavadora estándar solo por la relación calidad-precio. Encerrada en su casa, con un trabajo que le permite también ser ama de casa, vive —malvive— para su marido. Ese que nunca la ha considerado especial. No porque ella no lo sea sino porque él no alberga voluntad emocional alguna hacia ella. Como si de un psicópata se tratara sólo se preocupa por sí mismo. Y quizá sin el como. Pero el libro no va de él ni del resto de protagonistas, sino de ella. ¿O no?, podemos llegar a preguntarnos también quienes lo leemos.

‘*La vegetariana*’ no es una novela sobre el vegetarianismo —del que los personajes parecen saber muy poco— es una novela sobre la incompreensión, la incomunicación, la imposibilidad de cambiar nada en una sociedad de dominación y orden masculino. Una sociedad en la que a la mujer sólo le queda que obedecer, ser abandonada o... no comer para dejarse morir.

Han Kang reflexiona sobre la posición de las mujeres y su engranaje en una familia en la que no hay ausencia de modernidad. Tenemos incluso a una mujer que gana dinero y mantiene al marido, un artista liberal... Y, sin embargo, se mantiene la idea de que el cuerpo de las mujeres es para los hombres: lo que ellos necesiten, lo que ellos deseen. Manutención, cuidados, sexo. La mente femenina no es que no les importe, es que les parece una total desobediencia verla asomar siquiera.

La foto de familia del libro es la de un hábitat que ha perdido su esencia y su conexión con la naturaleza. Esa que busca Yeonghye pero, ¿cómo? No es una

exploradora de salidas, no es una guerrera enfrentada a su sino. Es más bien una mujer que se abandona. Porque sueña, dice. O más bien tiene pesadillas. Ejecuta su decisión de alcanzar otro estado a través de una rebeldía pasiva que, por supuesto, nadie entiende ni hace esfuerzo por entender.

Como el Meursault de Camus impasible ante la muerte de la madre, el marido de Yeonghye sólo se conmueve por lo que le sucede a él. Solo que aquí la extranjera es ella. La que comienza a sentir que no pertenece a este mundo, ni tiene interés en él, es ella. Aunque, como lectores, no podemos conocer su voz salvo por los breves diálogos y lo que nos cuentan su marido primero, su cuñado después y su hermana en la tercera parte. Es esta última la única que hará un esfuerzo para entenderla. Es la única parte en la que adivinamos destellos de reflexión. Es la parte más lenta. Las de los dos narradores masculinos son torrenciales y como hemos dicho, carentes de empatía.

Desde estas voces tan faltas de compasión, Han Kang construye un relato altamente poético y humano. Quizá ahí estriba uno de sus grandes méritos literarios: llegar a la profundidad del ser humano desde esa incomunicación, desde la soledad individual. Por eso quizá su relato es tan desgarrador. Con todas estas piezas, nos enfrentamos a un texto frenético, en el que nos vamos a topar con secuencias altamente cinematográficas y una trama sumamente adictiva. También cargada de sensualidad en su parte central.

Las dos primeras partes, las de ellos, rebosan de poder y deseo. Contadas, sobre todo en el primer capítulo desde un costumbrismo desgarrador. El poder del padre, el del marido y el deseo de los hombres sobre el cuerpo de Yeonghye, que se materializa sin consentimiento cuando es necesario. O se vicia. Pero total, a ellos les da igual. Sólo les preocupa, o más bien les ocupa, su cuerpo como objeto. Tanto que a su marido, que de algún modo llega a creer que vive con un fantasma, ella no le da miedo. Pero ay, que le fastidia la vida.

De hecho, lo primero que se pregunta cuando ella decide ser vegetariana es ¿cómo voy a vivir yo sin comer carne? Total, sólo la tiene para eso: para que le lave y le planche la ropa, le mantenga la casa limpia, ordenada y abastecida: es decir, la mesa puesta. Y quizá es ahí donde no nos sorprenda tanto que ella quiera desprenderse de esa vida robot. ¿Y cómo no va a ser normal que nuestra Yeonghye quiera dejar de ser máquina para ser naturaleza?